Zuckerberg, Jobs y Mujica 03/01/2014

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

En algunos países como el nuestro, generó bastante alharaca mediática la aparición del presidente de Uruguay, José Mujica, en la juramentación de su nuevo ministro de Economía calzando sandalias. No faltaron las fotos en primeros planos de sus pies ni los comentarios de toda laya en las redes sociales.

Tomo dos frases de blogueros que resumen –según mi punto de vista- lo que nos sorprende de la performance de José Mujica: “Maleducado e irrespetuoso […] Las formas deben respetarse” y “Hongos, úlceras, mala circulación, retención de líquidos […] mugriento”.

El primer asunto que genera sorpresa es la falta de formalidad del mandatario uruguayo. En una entrevista televisiva, él mismo se encarga de explicar por qué no le interesan la pompa y el boato que rodean a los eventos del Estado, y señala que los cargos públicos no deben esconder misterio. Es decir, el funcionario público realiza actividades comunes y corrientes como cualquier persona. Para Mujica, el riguroso protocolo resulta de un resabio de las formas monárquicas latinoamericanas que no hemos abandonado. En otras palabras, Mujica desenmascara los rituales, el rigor y las formas que rodean al poder: tensión muscular, corbatas ajustadas, ropas calurosas con la finalidad de marcar el espacio de lo extraordinario y misterioso (y por ende intocable). Para él no existe una línea divisoria entre la vida cotidiana y el espacio donde se genera la ilusión de lo excepcional relacionado al poder.

En el mundo de los negocios, Mark Zuckerberg (el creador de Facebook) y el desaparecido Steve Jobs (artífice del éxito de Apple) también fueron duramente criticados por no encarnar el riguroso protocolo que asumen los hombres de negocios. Fueron tildados de inmaduros, soberbios e irrespetuosos al aparecer totalmente informales en mesas de negociaciones multimillonarias.

¿Por qué tanto escándalo por los zapatos cerrados, ternos y corbatas? Porque nos preocupa que los políticos y los hombres de negocios no sean seres extraordinarios y, por lo tanto, personas iluminadas que saben lo que hacen. Los ternos de marca, la pompa de la que se hacen rodear, sus comitivas, su rígida postura corporal generan la ilusión de lo extraordinario: no son como todos nosotros, por lo que deben tener certeza sobre las decisiones económicas, sociales o políticas que toman. Simbólicamente nos seducen con el fin de volvernos crédulos.

¿Qué sucedería si dejásemos de lado toda la pompa y formalidades a las que estamos acostumbrados? Pues nos sobrecogerían grandes dudas sobre los funcionarios que elgismo y sobre los inversionistas en los que creemos. Los veríamos como seres comunes y corrientes obligados a dar cuenta de sus acciones.

Finalmente, pero no menos importante, es la impresión que causan los pies de un hombre anciano, porque los medios se encargan de ocultar todo rastro del envejecimiento humano. No son pocos los presidentes y presidentas que se someten a tratamientos cosméticos y quirúrgicos para ocultar el paso de los años, debido a que seguimos ilusos pensando que la juventud, la belleza y el bien van de la mano. Mujica, con su sencillez, nos hace ver el mundo de otro modo.